AÑO XXVIII — Nº 1357

EL DIA

Montevideo, 18 de enero de 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Dr. JOSE M. FERNANDEZ SALDAÑA

Apasionado investigador de la historia nacional, ha enriquecido con su larga y fecunda labor el acervo bibliográfico que documenta nuestro pasado, publicados sus trabajos en libros que son de obligada consulta, y en las páginas de nuestro suplemento que se prestigió durante muchos años con su firma. Al cumplir sus ochenta años, le testimoniamos, en ocasión tan digna de señalarse, el debido reconocimiento a su noble magisterio intelectual.



Cajas de fósforos decoradas con reproducciones de cuadros célebres

"Tú eres lo brillante, el protector de los sacrificios, el que alumbra constantemente la verdad; tú te creces en tu propia morada."
(De un himno del Rig-Veda)

LA AVENTURA DEL FUEGO

CUANDO en una remota noche del planeta, percutiendo piedras, saltó la chispa que engendró el primer fuego, el hombre liberó una esencia poderosa y desconocida, y por desconocida la reverenció como a una divinidad. No hubo pueblo primitivo que no le diera sitio de preferencia en los cultos más solemnes. Brilló sobre todos los altares y arrojó su resplandor en medio de las grandes celebraciones. Es el Hefestos griego o el Vulcano latino, que la mitología personifica como a un herrero infatigable. Es Vesta para los romanos, cuyo colegio de doncellas tenía por misión sagrada mantener perpetuamente viva la llama votiva. Es el Agni que se invoca de continuo en los himnos religiosos de los Vedas. Es el dios proteico al que veneraron los antiguos arios. Es Ahura-Mazda en la religión de Zoroastro, buen principio creador de todas las cosas. Es la matriz de innúmeras leyendas que poetizan su nacimiento, como las que Sir George James Frazer recoge en sus "Mitos sobre el origen del fuego en América". Cuando el más lejano de nuestros antepasados cocinó por vez primera el alimento, brotó un germen de sociabilidad entre los hombres. Fuerza misteriosa de la naturaleza, adorado y temido, el fuego asiste a través de los siglos al progreso del mundo: ablandó el hierro con que se forjaron las lanzas y las armaduras, la rueda y el arado. Sirvió para la guerra y para la paz. Y su larga historia acompaña a la historia misma de nuestra especie. Después de haber sido en tiempos clásicos la llama simbólica de las purificaciones, fue en el Medioevo el juez supremo de las ordalías; y a la hora en que el Cristianismo impuso su predominio admonitorio, las rojas lenguas ígneas del infierno fueron amenazante pesadilla para las conciencias. Y como el Renacimiento alegoriza históricamente el regreso de la desnudez y la sonrisa, aquel fuego intimidante se convirtió en algo útil: fue el auxiliar de los artífices que en el pecho quemante de los hornillos hacían realidad la joya o el objeto precioso, o de los escultores que derretían los metales para eternizar con ellos el genio de una época. (Sí; todos pensamos en Cellini o en Miguel Angel...) El fuego estuvo en todas las iniciaciones esotéricas, desde las más lejanas de Hermes Trismegisto o de Eleusis, hasta las actuales de la masonería. Fue el bien y el mal, el núcleo del hogar hospitalario o el volcán que estalla en cóleras incendiarias y arrasa ciudades. (Sí, ya sé: todos pensamos en Pompeya y en Herculano...) Su progenie lo ilumina todo: desde la noche primitiva alumbrada a candiles, hasta las del romanticismo, cuando las bujías de los candelabros proyectaban sus haces movedizos sobre los enamorados poetas y suicidas. Fue la hoguera de los embrujamientos, en las fiestas escalofriantes de la Walpurgis. Alimentó, lucernas macabras, a las momias que se incendiaban para alumbrar como teas siniestras, los bárbaros festines de las cavernas, en los relatos fantásticos de Ridder Haggard, o fue el protagonista aristocrático de la novela famosa de D'Annunzio. Sin embargo, a pesar de su participación en ritos torvos, de su presencia en altares de sacrificio, en fogatas inquisitoriales, en castigos crueles, en infiernos prometidos, al lado de su rostro terrible, siempre, donde hubo una luz, el hombre se sintió seguro. Si en ocasiones se volvió contra él, devorándolo todo a su paso, también fue y sigue siendo servidor imprescindible, para ahuyentar a las fieras, para mover los barcos, para colaborar en los inventos sin los cuales la humanidad pudo vivir durante siglos y, una vez logrados, ya no consigue prescindir de ellos.

Y esta vasta epopeya de grandeza, se ha vuelto cosa accesible y doméstica, vulgarizada en sus dimensiones heroicas al contenido perecedero de una caja de fósforos. Ironías... Porque resulta irónico pensar que un incendio cabe en una cerilla. Y el culto de los dioses y las hogueras supliciantes y todo lo que revistió pomposidad de rito o de tormento y los mitos líricos de la avecita que trae el fuego a los mortales incendiándose el plumaje breve de la cola, toda se desmorona ante esta forma trivial de la llama de bolsillo.

Cuando, hace ya algunos años, nuestra amiga Esther Estrada Risso nos confió que coleccionaba cajas de fósforos, recibimos la confesión con una sonrisa de tolerancia; ¡cajas de fósforos!: una manía inocente, forma pacífica de la idea fija. Pero la manía inocente se ha vuelto cosa seria, y el número de cajillas que posee — alrededor de cuatro mil trescientas — nos impone más, un poco más de respeto.

Los coleccionistas de algo son por lo común, monomaníacos sin peligrosidad... para todo lo que no ataña al objeto codiciado. Por lo general melancólicos o solitarios, detrás del juntador de cualquier cosa se oculta una sensibilidad herida, una pesadumbre o una frustración. El afán de atesorar menudencias es una evasiva, una compensación del desaliento, cuando la esperanza zozobra y la fe decae, remedo de consuelo para algún secreto derrumbamiento. Sellos, botones, carreteles, ceniceros: no importa de qué se trate; todo es juntar recuerdos, juguetes para engañar la atención y ocupar el tiempo, que no es lo mismo que colmar la vida. Preferimos no averiguar qué hay detrás de este curioso conjunto que proviene de todos los lugares del globo, hasta de aquellos cuya existencia ignorábamos. Y lo más pintoresco es que se ha formado sin que su dueña invirtiera en ella un solo peso ni saliera en busca de una caja: todas llegan a sus manos por envío de conocidos o desconocidos que enterados de su afición, se las mandan como un mensaje cordial. Preguntamos a Esther Estrada de dónde le nació tan singular afán. Fumadora empedernida, alguien recién arribado de Europa le regaló una vez las primeras cajas de fósforos decoradas que viera. Y mientras éstos duraron, encendía con ellos el último cigarrillo del día, "para tener lindos sueños": es común que las cosas complicadas tengan un origen sencillo. Y así estamos ante estos centenares de cajitas multicolores, que tomábamos en broma, y



España, Francia, el Oriente, están representados en este sector de la colección



En este rincón se destacan cajas ilustradas con motivos de barajas, y otras con trajes típicos de las provincias francesas.

bien observadas pueden ser una enciclopedia superficial de modalidades de diversos pueblos. La vista se pierde en este "puzzle" heterogéneo, que abarca cajas de hace un siglo; ahí está la más antigua, brasileña, de fines del **XIX**, que lleva incluído un mapa pequeño de Río de Janeiro, como para que el turista bisoño no se extravíe en la ciudad desconocida. Ahí están las primeras uruguayas y argentinas, con dibujos ingenuos y versos ripiosos. Trajes típicos, animales de regiones distantes, edificios, monumentos, todo cabe en este panorama de estuches policromos en los que puede adivinarse así mismo con cierta malicia la sicología del país de origen: sólo podía ser norteamericana esa caja optimista que regalada por una empresa de pompas fúnebres (!), anuncia alegremente su excelente servicio durante los siete días de la semana; y sólo podían ser inglesas esas otras, de tieso empaque, con coronas y soldados enhiestos de la Guardia Real y retratos de la reina. Cómo tan sólo Francia podía regalar la travesura de esas viñetas con refranes picantes, o la picardía de esos fósforos decorados, cada uno, con una corista escasa de ropas, como para provocar más incendios; entre ellas nos hace sonreir una del "Comité National de Propagande en faveur du vin": mientras en otras latitudes se organizan ligas prohibicionistas, allí se fomentan las libaciones, y la etiqueta reza: "Repas sans vin — Journée sans soleil". Y al lado de los motivos del Quijote que adornan algunas cajas, naturalmente españolas, o de las mexicanas ilustradas con reproducciones de cuadros famosos, nos traducen la sensibilidad artística y paisajística del Japón los abanicos frágiles o los jardines en miniatura, como para muñecas, que lucen en otras. No nos seducen en cambio, aunque son hermosas, porque no nos convence la sinceridad que las inspira, esas de propaganda artística, con siluetas de músicos, formando la serie de cajitas una orquesta completa, de origen moscovita, porque lo soviético no nos atrae... ni en cajas de fósforos. Allí están representados el Oriente y el Occidente, la India y el Barrio Latino, todo lo convencional y todo lo exótico. Cabe toda la geografía en ese largo muro al que se adosan como mariposas detenidas, estas cajillas que rodaron por miles de manos para sedentarizarse del largo viaje en una casa uruguaya. La imaginación entreteje su novela: cajas de fósforos con la muestra de los cafés y restaurantes más célebres, de los "night clubs" y "boites" más famosos del mundo: ¿qué destino tuvieron, por ejemplo, las cerillas que guardaba ésa del "Moulin Rouge"? ¿Acaso el ademán nervioso de un enamorado que distrae fumando la espera, a la hora de la cita galante? ¿O el gesto brusco del hombre que discute de negocios en medio de la cena? ¿O simplemente se la llevó a su casa algún portero para encender la cocinilla humilde? Tras este mural abigarrado, caben todas las conjeturas.

Aquel titán portador del fuego, renegaría tal vez de su descendencia; disminuídos Prometeos, los hombres se conforman con la llamarada portátil y sin riesgo. Y recordamos un verso a propósito, de Arturo Capdevila, que aprisiona toda filosofía al respecto: *"Que nunca sea fuego quien tiemble de ser humo"*. Lo que vale, es el incendio magnífico, el quemarse en la aventura vital, aun al precio de la ceniza inevitable.

Y nos damos cuenta de la pervivencia, en nosotros, de aquella oscura devoción primitiva por el fuego, señor de creación y de destrucción. ¿Que lo hemos achicado a la medida de un fósforo?

Para el fin, poco importa. Porque un fósforo sirve lo mismo para quemar bosques o cartas de amor.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Una antigua caja de fósforos con el mapa de Río de Janeiro, otras con fósforos decorados, otras con temas del Calvario, muestran la variedad pintoresca y atrayente de esta curiosa colección que posee la Srta. Esther Estrada Risso.

FLORES EN LAS ESQUINAS



Estos ramos lucirán en la casa, o servirán de mensaje feliz



La esquina es el lugar preferido para la venta callejera de flores, por su mayor efectividad.



El camión las trae diariamente de apartados lugares, elevando así el precio de venta que las flores no pueden ser, en este punto, menos que todo lo demás.

CORTAR tijera en ristre, arrancar la flor del gajo donde ha surgido con gracia, para venderla, parece algo cruel, comparable sólo a ciertos actos que el hombre se ve forzado a realizar en determinadas circunstancias. La planta es el estado natural de la flor, sin duda. Pero, de no existir su mercado en medio de la ciudad, dura y vehemente, ¿cómo disponer de ellas para coordinar ese lenguaje, casi inmaterial, tan hondo, más fino que el propio de la palabra, que sólo las flores articulan y ponen en movimiento?

Con ellas, alguien parece distraerse en asombrarnos, poniendo color, forma y fragancia para el ornato nuestro o el mensaje. Arrancadas de la planta, como la sonrisa de los labios, ¡cómo dudar que desempeñan un cometido que solamente ellas pueden cumplir!

Estos puestos de flores así, improvisados, que ahora aparecen aquí y allá, entre el ruidoso trajín de todos los días, por las esquinas céntricas, hacen impacto sorpresivo en nuestra urgencia con su llamado multicolor, para ese trasiego casi infantil que consiste en trocar monedas por flores...

Ved cómo los apretados ramos se yerguen en sus tallos para mirarnos mejor, y se inclinan luego y sonríen, cuando pasamos. Conocen sin duda su propio sortilegio, y procuran contener nuestra prisa.

✦

A veces la esquina presenta la decoración adecuada, como trasfondo para este particular comercio callejero, con ese biombo nostálgico que es la casa de dos pisos, cuyas cornisas, relieves y aberturas postulan tercamente el retorno de prendas que parecen escondidas detrás de ellos: el corset, el femenino sombrero como una bandeja colmada, el bastón, la flor en el ojal.

Siempre las flores tienen, no se sabe por qué, una definida tendencia al pasado; se entrelazan al recuerdo, aunque queramos que sean la expresión del augurio.

No parecen por cierto tan a gusto ellas, junto a ese otro reciente tipo de arquitectura, rígido, donde cada piso es una caja chata y alargada, superpuesta. Pero como son flores, se las arreglan por su parte, para formar el bajorrelieve, gracioso y fino, que la dura construcción necesita, sin duda.

Observad detenidamente uno de esos gladiolos arrogantes, esa rosa punzó, uno de esos jazmines, que emergen del improvisado florero: en ninguna expresión, viviente o estática de cuanto nos rodea, hallaremos tal equilibrio, tal armonía.

Poned esa rosa en un vaso de vidrio ordinario, sobre la mesa de tabla rasa de aquella oscura buhardilla, y el ambiente habrá cambiado de pronto: la naturaleza sonríe en esa rosa, y todo lo demás pasa a segundo plano o desaparece, como cuando surge en escena el personaje protagónico.

✦

Siempre hallaremos en ellas matices graduados, concordantes con nuestras actitudes, escalonados para nuestra emoción.

Y en su expresión diversa, bajo el común denominador de la abundancia, la verdadera aristocracia, acaso.

Ellas estarán por encima de innumerables cosas que nos abruman, nos inquietan, o procuran atraernos. Sus vestidos alegres, lujosos siempre, nos comunicarán optimismo; su palidez, ciertos tonos melancólicos suyos, nos harán pensar.

Violetas y lirios, ayer; gladiolos, rosas, jazmines, claveles, hoy; dalias y crisantemos, mañana; flores de mayo o de octubre, o de siempre! Presencia del otoño o heraldos de la primavera, hay expresiones de nuestro espíritu que sólo con flores se pueden traducir hondamente: el afecto, el amor, el augurio feliz, el recuerdo imperecedero.

Cuando han ocupado su lugar junto a nosotros, en nuestra habitación, luego de nutrirse por breves días del agua fresca que le hemos renovado, languidecen serenamente, y van dejando caer en torno del búcaro, sus pétalos graciosos.

Nosotros vemos cómo la flor cae, pétalo a pétalo.

Vano sería pretender armarla nuevamente, reintegrarla a la vida; jamás podríamos combinar su armonía, restituir sus líneas, reponer su esencia que se ha ido diluyendo en el aire.

Ellas parecen comprender nuestra actitud, y nos dejan cuando las recogemos, su perfume en las manos.

Enrique Ricardo Garcí

(Especial para EL DIA)



El puesto improvisado surge en la esquina, entre el ruidoso trajín callejero

DEL CINCUENTENARIO OLVIDADO:

"BOHEMIA Y SU TIEMPO"

El tema suscitado por el cincuentenario de "Bohemia" no se agotó, ni mucho menos, con la nota que le dedicáramos hace algún tiempo, incluso porque no ha pasado la fecha que justifica insistir en la recordación. Ya hemos señalado que la nunca olvidada "revista de arte" apareció, con alguna irregularidad propia de su carácter, desde agosto de 1908 a junio de 1909. Toda publicación periodística, sin excluir las de definición literaria —y quizá especialmente éstas— debe reflejar la realidad social de que se nutre. "Bohemia" tuvo ese mérito, entre otros. En sus páginas revivimos un momento por muchos conceptos inconfundible de la vida uruguaya y también del mundo.

Días de bonanza y despreocupación, pues por un fenómeno casi inexplicable no había guerras ni amenazas para la humanidad en parte alguna de la tierra. La contienda civil de 1904 significaba la clausura del



Carlos T. Gamba luciendo su gallarda prestancia veinteañera, según una fotografía aparecida en "Bohemia".

ciclo de nuestras luchas intestinas. Con aquella postrera llamarada purpúrea de las cuchillas había terminado también el periodo de la política criolla turbulenta y primitiva, orientada por caudillos más o menos ilustrados o más o menos analfabetos, que ensombreciera la historia del país a lo largo del siglo anterior. Los partidos no iban a ser bandos irreconciliables, o sólo reconciliables en los pactos espurios y oportunistas de sus dirigentes, sino fuerzas cívicas dispuestas a disputarse el poder mediante el pronunciamiento de la soberanía en las urnas. El campeón de esa integración civil de la nación, don José Batlle y Ordoñez, protagonista máximo de la epopeya, se había retirado a Europa inmediatamente de transferir la banda presidencial, en procura de nuevos elementos que ampliaran su visión de estadista genial y también —cabe suponerlo— para eliminar toda sospecha de que su enorme prestigio, siquiera fuese por acción de presencia, pudiera influir sobre el nuevo gobernante, cuya candidatura él había sostenido. Contribuía a la tan necesaria pacificación de los espíritus que el sucesor de aquella figura de fundamental papel histórico en la última década fuera un catedrático, el Dr. Claudio Williman, con más pasta para la rectoría áulica que para los embates políticos.

Podría decirse que la República renacía de sus cenizas con un vigor y alegría juveniles. Al amparo de la paz tan largamente soñada por la nación todas las empresas parecían realizables. Corrían los primeros tranvías eléctricos y había sido inaugurada la primera tienda de varios pisos al estilo de "Au Bon Marché" y "Printems" de París, signos inequívocos de que Montevideo empezaba a dejar de ser la gran aldea. Nacía la centuria como una gran esperanza. A la manera de un legendario rey mago, el siglo XX traía en sus alforjas para deleite del niño grande que es el hombre juguetes tan maravillosos como el automóvil, el aeroplano, el fonógrafo y el cine. No sin razón, pero también con cierta ingenuidad, se pensaba que esos inventos no tendrían otro destino que el de hacer más grata y feliz la vida humana, como que no se concebía que la ciencia y la técnica pudieran ser puestas al servicio de la destrucción. ¿No era una promesa bendita el radium, recién descubierto por Mme. Curie? Todas estas conquistas hacían confiar ciegamente en el porvenir. Ya se vislumbraban sus posibilidades prodigiosas. En el mismo año de la aparición de "Bohemia" dos deportistas italianos, el periodista Luis Barsini y el conde Borghese, están realizando la inimaginada hazaña de cubrir la entonces estelar distancia entre Pekín y París en el rudimentario automóvil de la época; el francés Bleriot, dejando atrás los pininos de los hermanos Wright y de Santos Dumont, afirma la conquista del aire cruzando el Canal de la Mancha en su frágil máquina; y de las largas cornetas del mágico aparatito inventado por Edison surgen los más pegadizos trozos de las últimas operetas y zarzuelas destinados a convertirse en estribillos del canto popular: "Caballero de gracia me llaman..."

El cine, por su parte, es entre esos milagros el más subyugante, porque pone ante nuestros ojos la representación viva del universo. Aparte las tremebundas o cómicas ficciones hasta en "dos actos", los públicos uruguayos de ciudades y pueblos han visto boquiabiertos a través de sendos noticiarios, las cataratas del Niágara en toda su grandiosidad, todo un "cross-country" corrido en Inglaterra y —¡nada menos!— el atentado contra Alfonso XIII con los caballos matados por la bomba y demás detalles patéticos.

Todo un libro demandaría la pintura de aquel Montevideo de la primera década del siglo en el que, sin embargo, no todo era idílica calma. Las agitaciones más visibles de la clase obrera, todavía en la etapa formativa de su organización para la lucha por justas reivindicaciones que si en las conquistas positivas iban a tener su mejor intérprete en el mismo Batlle, contaban para su difusión doctrinaria con la encendida elocuencia de muchos poetas e intelectuales. Angel Falco, Leoncio Lasso de la Vega, Florencio Sánchez, Emilio Frugoni, Orosmán Moratorio, Ernesto Herrera, Alberto Lasplaces, Carlos T. Gamba, Alberto R. Macció y otros escritores no menos renombrados proclamaban los principios de Kropotkine, Malatesta, Sorel, Jaurés y demás adalides de la revolución social desde la Tribuna del Centro Internacional instalado en la calle Río Negro, donde hoy funciona un teatro de aficionados.

Era el de ellos un obrerismo romántico y teórico y por eso mismo impregnado de comunicativa simpatía, como todo lo que no persigue fines personales. De ese núcleo inquieto y quijotesco surgió "Bohemia" con la notoria incumbencia, entre otros propósitos, de trasladar al papel impreso la palabra explosiva de las asambleas, según puede advertirse, en los primeros números al menos, del inolvidable quincenario. De ahí el tono polémico y un tanto declamatorio de la mayoría de sus editoriales y colaboraciones en prosa y hasta de algunos de los poemas aparecidos en sus páginas. Para los soñadores de aludos sombreros y volanderas corbatas negras el enemigo era el "burgués", con lo que definían una militancia que se anticipó gallardamente a la tan cacareada "literatura comprometida" de nuestros días, profesada muchas veces... por los que no quieren comprometerse a nada. Claro que a medio siglo de distancia esa posición de caballeros batiéndose a punta de pluma contra molinos de viento aparece como empresa quimérica, pero, ¿cómo serán juzgadas en el año 2000 las ideas imperantes en este momento?

Queda mucho para hablar de "Bohemia".

Ramón I. ALVAREZ

(Especial para EL DIA)



Esta estampa de Lasso de la Vega, trazada por el lápiz de Hermenegildo Sabat, podría ser el símbolo del poeta bohemio de principios del siglo.



En otro dibujo de Sabat, aquí está el Angel Falco que proclamaba la revolución social desde la tribuna del Centro Internacional.

SELVAS DE



Alguna vez los bonaerenses contemplaron extasiados la altura de los palos de los barcos que atracaban en su puerto. Hoy se pierden en la perspectiva de cemento.

UN reciente viaje a Buenos Aires nos ha reintegrado a la meditación sobre el destino de la civilización. No un destino de contenido escatológico sino político y social, si que también moral. Y como nuestra cultura acostumbra a valorar al hombre en relación con los demás hombres, y la convivencia alcanza su más elevada expresión en la vida ciudadana, es hacia el significado de las ciudades que la meditación nos encamina.

La historia política del hombre podría expresarse gráficamente en una semicircunferencia, cuyo punto inicial A; vida primitiva, tribu, se desarrolla evolutivamente hacia una máxima expresión que se alcanza en el punto B, el del cenit de la curva; vida civilizada, pero... ¿y después? ¿Se mantiene en ese punto dando continuidad a la convivencia civilizadora o desciende siguiendo la pendiente hasta el punto C, el del otro extremo de la curva, que al cerrarse con el punto A se reintegra a primitivas vivencias? Llegamos aquí a la morfología histórica de Giambattista Vico, que en sus ciclos imperialistas desarrolló hasta sus últimas consecuencias Epengler en su "Decadencia de Occidente". Pero lo evidente es que, más allá del determinismo histórico, la civilización de la ciudad, lo que de civismo encierran las ciudades, está haciendo quiebra en las grandes urbes, las urbes millonarias como Buenos Aires.

Comparemos: El hombre primitivo es de una absoluta autosuficiencia en su mundo interior, pero a la vez es de una absoluta incertidumbre ante el mundo exterior. Se valora a sí mismo como una voluntad dominante que falla casi siempre cuando al mundo de las cosas se refiere. Sin embargo, ese hombre que se inclina reverente, suplicante, ante el misterio de las cosas, es de un fulminante desprecio para los hombres que pertenecen a otro clan u otra tribu. Como contraste, el hombre civilizado, el hombre de la ciudad, el ciudadano, se valora a sí mismo como una entidad relativa, no se inclina reverente ni suplicante ante el misterio de los elementos, sencillamente porque él mismo, por su cultura, se considera un misterio tan importante como otro misterio, y, sobre todo, por su misma relatividad, no desprecia a los hombres que viven fuera de su ciudad.

Pero las ciudades crecen. Diez mil, cincuenta mil, cien mil, quinientos mil, un millón de habitantes. Esta relación cuantitativa va creando nuevas relaciones cualitativas. Una relación que podríamos ejemplarizar así: en una chacra el hombre se siente cultivador, en un bosque admirador, en una selva... el hombre deviene animal natural, pues sólo así puede perdurar en ella, y para que el bípedo acabe por ser hombre o se evade de la selva o la destruye. Las ciudades que rebasan los cien mil habitantes inician la deformación ciudadana. Hasta los cien mil habitantes (y aquí vendría bien el más o menos) el hombre pierde su rusticidad sin perder contacto con la tierra. Cuando las ciudades rebasan el millón de habitantes, los hombres van perdiendo su espíritu ciudadano para adquirir una nueva fisonomía selvática, la de las selvas de cemento que son las cosmópolis multimillonarias.

Igualmente antípodas del hombre ciudadano son el hombre naturaleza y el hombre cosmopolita. Estos dos ocupan los extremos de la semicircunferencia de nuestro ejemplo para fundirse en una realidad hosca, primitiva, deshumanizada. La primera reflexión que nos hacemos caminando por una selva, es de soledad. Nos sentimos inmersos en una realidad indefinida, como perdidos en un misterio de verticalidades sombrías, y nos concentramos en nosotros mismos para reencontrarnos, pues si perdemos el contacto con nosotros mismos nos perdemos devorados por la soledad. ¿Acaso no experimentamos idéntico fenómeno sumergidos en las selvas de cemento que son las urbes millonarias? Nuestra primera impresión en ellas es de soledad, aunque vayamos unidos al torbellino de las gentes. En ellas las casas y los hombres son más sordos y sórdidos a nuestra llamada que los árboles de la selva. E, igualmente, el hombre inmerso en esta selva de cemento, de perspectivas verticales, tiene que autocontrolarse para no sentirse tragado por la voracidad de la selva. Estas urbes no pueden ser forja de hombres libres, civilizadamente libres, sino forja de hombres devoradores o que van a ser devorados. Son tentáculos para el encadenamiento del hombre, sometido, como el hombre de la selva, al poder de los elementos.

Transitando por las calles de Florida, Lavalle y Corrientes de Buenos Aires, a determinadas horas de afluencia urbana, se recibe un impacto de multitud selvática, de ese selvatismo que caracteriza a los habitantes de las selvas de cemento. La multitud alcanza en ellas entidad esencial. Desaparece el hombre absorbido por la multitud, como el árbol desaparece de nuestro horizonte cuando contemplamos la entidad selva. Y en estas avalanchas de gente anónima, despersonalizada, ni municipal ni espesa, sino selvática y blanda como melcocha, tratamos de descubrir las características del nuevo hombre selvático, del habitante de las selvas de cemento, y vemos unos ojos de mirada entre irritada y triste, de alegría sofocada, de nerviosidad fa-



Plaza San Martín y edificio Kavanagh como descomunal palmera que resalta sobre el cielo de la selva de cemento.



El edificio Atlas, de 130 metros de altura, expresión de una verticalidad de cemento en la gran selva de cemento.

CEMENTO

tigosa, de gestos chabacanos, de un ensimismamiento lleno de inhibiciones, algo entre lúcido y embrutecido, y, sin embargo, todo ello con manifestaciones agresivas, como si quisiera volcar sobre los demás la sumisión de su alma ante la incertidumbre. Estas multitudes no pueden engendrar ciudadanos sino súbditos, súbditos de algo que les prometa una salvación, por absurda que sea, porque si el hombre primitivo natural, el habitante de las selvas arborescentes, es una criatura crédula, dispuesta a creer en todos los milagros metafísicos, el habitante de las selvas de cemento está dispuesto a creer en todos los milagros políticos. Son caldo de cultivo de las tiranías.

Bujarin, considerado por Lenin uno de los mejores teóricos del marxismo, y por eso fusilado por Stalin, es autor de un libro titulado "El Imperialismo, última etapa del capitalismo", que hoy alcanza visos de veracidad cuando contemplamos la voracidad del capitalismo ruso. Decimos capitalismo ruso, no de los rusos sino del Estado ruso como monstruosa empresa explotadora del proletariado. La cita no viene arbitraria pues, por asociación de ideas, creemos que las grandes aglomeraciones humanas, las de las metrópolis millonarias, son también expresión psicológica del capitalismo, lo que ya no sabríamos decir es si son su última expresión, pues creemos en la capacidad y multiplicidad renovadora del espíritu humano. Mas, es evidente que la mentalidad cosmopolita que fermenta en las selvas de cemento, juega papel importantísimo en la pugna imperialista de nuestro tiempo. La marcha hacia el Este de los rusos se equipara a la marcha hacia el Oeste de los estadounidenses, y propósito de los bolcheviques es que Moscú supere algún día a Nueva York en habitantes, lo que equivaldría a que la superara en brutalidad. Si es idéntico el proceso, ¿no demostrará que la URSS., se halla en una etapa de crecimiento capitalista, ahogando la labor emancipadora de los hombres, sin la libre concurrencia que permite al capitalismo renovarse y socializarse?

Pero si las selvas de cemento son lógica expresión de los Estados imperialistas, no lo son en las repúblicas hispanoamericanas. México capital, San Pablo y Buenos Aires, multimillonarias en tierras despobladas, monstruosas cabezas de cuerpos sociales raquíticos, mendigos de empréstitos, creen engrandecer a México, Brasil y Argentina porque sus capitales pueden competir cuantitativamente con Nueva York, Londres, París y Moscú, pero la realidad es muy otro. Nueva York tiene el contrapeso de cientos de ciudades que dan el auténtico valor y estabilidad a Estados Unidos, y lo mismo sucede en Inglaterra, Francia y Rusia. Pero en Argentina, Brasil y México, las ciudades millonarias son cuerpos extraños que en vez de fortalecer a la nación la debilitan, parásitas que viven a expensas de la nación, nutriéndose de la savia de sus respectivos pueblos. Nación y pueblo sometidos al mismo principio de las selvas de cemento. La entidad nación desaparece para dar paso a la vanidad urbana, descastada y humillante para sus connacionales. Un porteño se siente más unido a un parisién o a un neoyorquino que a un mendocino o riojano.

Unos días de contacto con los habitantes de Buenos Aires nos han entristecido por el fondo de incertidumbre en que viven. Entre ellos la disyuntiva es terrible. Si no fuera por el ejército, o los pobres acababan con los ricos o éstos esclavizaban a aquellos. Y acaso la peor deformación colectiva que evidencian estas selvas de cemento es el antagonismo de dos urbes en una urbe, las dos tensas, esperando el momento oportuno para lanzarse contra el adversario. Las grandes urbes crean la insolidaridad y el gregarismo. Cada cual piensa en sí mismo pero formando avalancha, lo contrario del espíritu ciudadano, por el que el hombre se entrega a los demás sin perder su individualidad. Parodiando al clásico latino que dijo que el latifundismo perdería a Roma, podemos decir que las selvas de cemento matan la ciudadanía.

En Uruguay hay también partidarios de ciudades millonarias. Para ellos el peor disgusto ha sido comprobar que en el último censo Montevideo no alcanza aún el millón de habitantes. Es cuestión de criterios. Nosotros consideramos más trascendente para la fortaleza, la riqueza y la cultura del Uruguay diez ciudades de cien mil habitantes repartidas por el interior que una ciudad millonaria. Las grandes ciudades son tema para los artistas pero no crean artistas, como son conglomerados parasitarios de la vida nacional que nada nuevo aportan al espíritu renovador de los pueblos. No deseamos un Montevideo como Buenos Aires ni como París, sino un Uruguay como Suiza, Dinamarca, Holanda, Suecia y Noruega, donde el espíritu comprensivo anule las discrepancias entre los hombres para la conquista del pan, donde se sueñe en el bien de todos y no en los odios contra los demás. Ciudades pequeñas, al fin y al cabo las que crearon la grandeza de Grecia e hicieron posible el Renacimiento.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)



La Avenida Roque Sáenz Peña es un oasis de armonía y buen gusto en la verticalidad de la selva de cemento.



Avenida Corrientes, contradicción de ayer y hoy en la transformación cotidiana de la selva de cemento.



Facultad de Medicina, bloque de cemento que atestigua el alma en bloque de las urbes millonarias.



Venta del Obispo, a 4 kmts. de Navalsaúz.



Una estampa típicamente español

NAVAL

NAVALSAUZ está relativamente cerca de Avila, y se llega allí por un hermoso camino entre montañas entre las cuales aparecen y desaparecen pueblos con nombres como El Salobral, Solosancho, La Hija de Dios... Traspuesto el puerto de Menga y abandonando a la izquierda la carretera que va al Parador de Gredos (pasando por Venta del Obispo, Venta de Rasquilla), se toma un caminejo que orilla un río —aguas del Alberche— que se mete, por fin, en Navalsaúz. Lo conocéis. ¿No recordáis "Fiesta Campesina", de Rubén Darío? Pues, aquél es.

Navalsaúz es sórdido, sin calles, ni botica, ni médico, ni practicante, ni cura; la escuela es miserable y en ella se realiza la diaria y heroica labor de una maestra que atiende a los pequeños campesinos, recios cachorros de futuras generaciones luchadoras y abnegadas.

Frío, yelos, brega áspera con los elementos desencadenados, eso es lo que los convecinos de la compañera del más excelso poeta nicaragüense, tienen que sufrir a diario. Menos mal que entre ellos se ayudan fraternalmente y lo que es de uno es de todos, tanto en el mal como en el bien.

Cerca de Navalsaúz está Venta del Obispo, pequeñísimo poblado, en donde nos reunimos para hablar del pasado, Francisca Sánchez y yo. La sierra de Gredos, con su impresionante belleza, rodea las pocas casas que se mantienen contra vientos y nevadas al amor y sacrificio del trabajo, que la tremenda naturaleza les obliga a padecer.



Francisca Sánchez dictando a Carmen Conde sus memorias, circundadas de un paisaje lleno de sugerencias.



El Dr. Antonio Oliver con Francisca Sánchez, en Navalsaúz.



La casa de Francisca Sánchez, en Navalsaúz.



Puerto del Pico, en Gredos.



un prado de Navalsaúz.



Cielo hermoso, inalcanzable, sobre la sierra de Gredos.

SAUZ

Aguas frías corriendo entre peñascos, po-
bladas de truchas; cabras salvajes, las cé-
ebres cabras hispánicas, saltan por riscos
y breñas. Una soledad impresionante lo in-
vade todo, y pone a las criaturas, frente
a frente consigo, horas y horas... Invier-
nos inacabables son el tiempo de vida que
los vecinos de Navalsaúz tienen delante de
sí. El mismo que durante muchísimos años
tuvo la compañera de Rubén, como com-
pañero suyo.

¡Qué maravilloso paisaje el de Gredos, qué accidentada geografía imponente! Ir desde Avila a Navalsaúz, por Hoyo Casero, es un sueño bordeado de precipicios y de bosques, roto por aguas que huyen con cielos cárdenos encima cuando las tempestades desgarran las horas.

Muchos extranjeros, muchos otros hermanos de lengua, han ido ya a Navalsauz a visitar a la que fue celosa vigía de un legado para la historia de la literatura española universal. Y para echar un vistazo a la pequeña lápida que, en el viejo cementerio, reza un nombre: *Rubén Darío Sánchez;* el hijito primero que se le malogró a la voluntaria pareja que el amor unió hasta la muerte. "Phocas el campesino", el de Navalsaúz, que allí se quedó para siempre.

Sí, un hermoso lugar aquél; yo he ido muchas veces a él, y volveré. Allí nos esperan recuerdos y una naturaleza que compensa el esfuerzo de llegar.

Carmen CONDE

Navalsaúz, 1958.

(Especial para EL DIA)



Francisca Sánchez en su casa madrileña, con el ex Embajador de Nicaragua en España, Sr. Vega Bolaños, el agregado cultural de la misma, poeta Connel Urtecho, y el agregado cultural de Chile, Juan Mugica.



Una "calle" del pueblecito.



Aspecto parcial de Navalsaúz; al fondo, la casita de Francisca Sánchez.

CEFERINO

—CASATE, cristiano. Vos con esa cachaza, naciste p'aquerenciar mujer. Tenés un modo, mirá, que te garanto...

El consejo le entró a Ceferino. Le pareció lindo aquello de aquerenciar una mujer. Aquerenciarla él, que nunca había conseguido ni que un perro le parara. Pues no había perro que aguantara tanta soledad; ni tanto silencio. Porque mire que era vacío y oscuro aquel rancho! Entonces se le ocurrió que haciendo yunta, a lo mejor... De golpe, se le ocurrió; después de añares. Y junto con eso, pensó en un mundo más de cosas. Cosas que nunca se le habían atropellado así, en montón, como ahora. Por ejemplo, se acordó de las veces que había rabiado por tener que prepararse el sancocho, cebarse el mate o lavarse la ropa.

—A más, los temporale. Con patrona, ha e' ser cosa superior, escuchar el picoteo e'la yuvia en el rancho.

Francamente, le había gustado la idea. Se pasó horas redondeándola. Al último se extrañaba de que recién le diera por ese lado.

*

Lo de las Colmán quedaba a la orilla del camino. Eran unas cuantas canarias grandotas y huesudas. Gente bien recomendada. Lidiadoras "sin consuelo" y muy limpias. Limpias ya por demás. Dice que los domingos, les daba por lavar hasta los pisos de tierra. Mujeres de poca suerte estas Colmán. A aquella casa no llegaba un hombre a hacer una tarde ni por equivocación. Y eso que ellas eran bastante "busca pleitos"; se pasaban el día con los ojos clavados en el camino real, pastoreando lo candidato. Ceferino cayó con el mediodía; y se lo tragó la sala hasta la entrada del sol. De vuelta iba chiflando bajito. De contento, chiflaba. Al mes no más, un rancho flamante hacía martillo con el de las canarias. Brillaba con el sol, la quincha de paja todavía verdeona.

*

El primer error de Ceferino fue casarse. No era para él aquel viaje. Y el segundo, haberlo hecho con Máxima. El, más callado que caballo viejo. Y ella, una canaria proseadora como cotorra amaestrada. Uno de esos vivientes que parecen máquinas de hacer palabras. Preguntaba y contestaba, planteaba y resolvía. No se podía despuntar el vicio en una proseada con aquella mujer; porque ella quería siempre tallar sola. Desde el saludo hasta la despedida.

—Co le va binusté bien gracia. Que le vaya bien saludo serán dado.

Al último, hasta las visitas corría aquella condenada.

*

—Pará un poco. ¿No podés tarte un rato con la boca quieta? Parecés una vitrola escangallada!

—Te crés que me vi'a volver un tarugo como vos. Taríamo lucidos jugando a los mudo. Cha si te garanto que...

—¡Qué te peló!

Cortaba seco y se hacía humo. A veces por todo el día. Quería escarmentarla. Y claro, al principio lo consiguió. Volvía con la caída de la noche y la encontraba mansita. Ocasiones, hasta con el mate pronto. Se lo empezaba y le arrimaba la caldera. Después se iba para no tentarse. Aunque con la penitencia de todo el día, estaba rabiando. El se quedaba contento de poderse gastar una cebadura sin una palabra. No conocía nada más lindo que anochecer en silencio.

—Sí, no; sí, no. No te sacan diái. Y hasta l'habla tas perdiendo. Te garanto que pa' esta vida, me quedo con el infierno. Tener marido...

—Jate'jorobar. ¡Me tenés bandiau!

Y desapareció como de costumbre. Llegó la noche y nada. Pasó el día siguiente y menos. No había forma de hallarle rastro. Como a una legua, estaba el monte. Y en la ensenada del monte, la tapera. La que había sido tapera; porque adentro, había un hombre despatarrado sobre un fogón. Mate y mate; pastoreando una ollita que se deshacía en hervores. La nochecita se iba metiendo como en su casa. En puntitas de pie, para no echar a perder el silencio.

*

Dijo que la chacra le estaba pudriendo el alma. Lo "tironeaba" aquello. El rancho y el monte. El rancho desembocando en el monte y el monte metiéndose rancho adentro. Los dos, intercambiando sus cargas de soledad. Y él, como algo de aquella carga. Era el silencio del monte lo que lo "tironeaba". Que venía a ser el silencio de su vida; de toda su vida. Porque se podía decir que él se había criado en el monte.

En el monte se vive así: sin ruidos. Hay la necesidad de vivir así. Y de morir. Como aquel hombre del que casi nada se acordaba; porque no hablaba casi nada. La vez que habló más, fue una tardecita al salir del monte porque ya estaba oscuro. Cuando le contó, entre otras cosas, una que le quedó grabada sobre todas: que era su padre. Lo otro que se lo evocaba, era aquel pie partido; partido de un hachazo. También otra tardecita, la más silenciosa que registraba en su memoria. De esas en que los pájaros se hacen señas y las hojas escuchan. Ni a llorar se había animado cuando lo vio agonizante y rodeado del charco de sangre. Le dio miedo interrumpir aquel silencio. Era demasiado imponente. Y se le metió hasta el fondo del alma; como si allí se hubiera remachado.

Le mandó decir a la canaria que no pensaba moverse de donde estaba. Que lo dejase tranquilo; que a cambio de eso, la declaraba dueña de chacra, rancho y demás porquerías.

Julio C. DA ROSA
(Especial para EL DIA)

DIBUJO DE SIFREDI



El edificio principal del Instituto Interamericano de Agricultura, situado en el valle de Turrialba en Costa Rica. Sus condiciones naturales ofrecen excepcionales ventajas para el estudio de los problemas de las plantas; tanto el frío, las regiones altas; y el calor, regiones bajas, son fácilmente accesibles desde el Instituto.



El Dr. Charles H. Batvhelder y el Dr. Ross M. Allen del Departamento de Agricultura de los EE. UU. examinan las hojas de una planta de abacá. Un estudio especial de esta planta productora de fibra del Lejano Este se hace en el Instituto con la colaboración del Departamento de Agricultura de los EE. UU. para estimular su cultivo en América Latina.

INSTITUTO INTERAMERICANO DE CIENCIAS AGRICOLAS

En el pintoresco valle de Turrialba, situado a unos 70 kilómetros de la capital de Costa Rica, se encuentra la sede de uno de los organismos cooperativos que más está contribuyendo al progreso y desarrollo de la agricultura en las Américas: el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, que integra el conjunto de instituciones de la Organización de Estados Americanos.

El Instituto tiene por objeto "estimular y promover el desarrollo de las ciencias agrícolas en las repúblicas americanas mediante la investigación, enseñanza y divulgación de la teoría práctica de la agricultura, así como de otras artes y ciencias conexas".

La idea original de establecer un Instituto Interamericano de Agricultura Tropical sobre la más amplia y firme base cooperativa de todos los países del Hemisferio, surgió durante las deliberaciones del Octavo Congreso Científico Americano celebrado en la ciudad de Washington en 1940.

Si se tiene en cuenta que una de las más vastas y menos desarrolladas de las regiones del Continente se encuentra localizada en la zona tropical, donde los niveles de vida, por regla general, son más bajos, se creyó que un Instituto de aquella naturaleza, dedicado a la investigación y a la enseñanza agrícola, sería un paso significativo en la lucha contra la pobreza y la ignorancia.

El 7 de octubre de 1942, la Junta Directiva de la Unión Panamericana se hizo eco de la inquietud manifestada dos años antes, y acordó el establecimiento del Instituto. Posteriormente una Comisión Técnica visitó varios países de la América Latina en busca del sitio más adecuado para alojar la sede central del Instituto. Los miembros de la Comisión recomendaron el valle de Turrialba, en Costa Rica.

La selección del valle de Turrialba no pudo haber sido más acertada, ya que sus condiciones naturales ofrecen ventajas excepcionales para el estudio de los problemas relacionados con las plantas. Del Instituto se puede llegar fácilmente a las tierras frías de la altura; de condiciones semejantes a la zona templada; o a las zonas bajas, cálidas y típicamente tropicales, de la región atlántica de Costa Rica. También está próxima la región occidental del país, donde la alternación de estaciones secas y lluviosas es característica de muchas regiones agrícolas de las Américas.

La existencia en el valle de Turrialba de una gran humedad durante el año, implica condiciones óptimas para el crecimiento y desarrollo de toda clase de organismos, factor que resulta favorable para los trabajos genéticos y de patología vegetal.

Al convertirse en 1948, la Unión Panamericana en la Organización de Estados Americanos, el Instituto pasó a ser uno de sus organismos especializados permanentes. El Instituto fue concebido como un gran centro interamericano de investigación y de enseñanza en el campo de las ciencias agrícolas y conexas. Esa finalidad fundamental se ha mantenido en el transcurso de los años y aún se ha ampliado.

Desde su sede central en Turrialba, el Instituto cumple su misión a través de tres departamentos: Fitotecnia, Zootecnia y Economía y Bienestar Rural. Cuenta, además, con un Servicio de Intercambio Científico, un Servicio de Recursos Renovables y una biblioteca agrícola especializada de más de 12.000 volúmenes.

La obra de esta institución ejemplar se proyecta también en América Latina — además de los departamentos y servicios mencionados — por medio de las oficinas regionales de aplicación del proyecto 39 del Programa de Cooperación Técnica de la O.E.A., puesto bajo la administración del Instituto. Cada una de las oficinas regionales del Proyecto 39, situadas en La Habana, Lima y Montevideo, es sede de las actividades para una zona determinada del continente.

La órbita de acción del Instituto se ensanchó al firmarse, en 1955, un contrato con la Administración de Cooperación Internacional del Gobierno de los Estados Unidos, que dio gran impulso a las actividades, pues ha permitido la extensión de servicios regionales a las Misiones de Operaciones que organizan programas bilaterales de asistencia técnica entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos.

El Departamento de Fitotecnia efectúa trabajos de investigación experimental en dos sentidos: mejoramiento de plantas para obtener mayores rendimientos, o fijar su resistencia a enfermedades y pestes; y estudio de prácticas culturales agrícolas para determinar su eficiencia.

El Departamento mantiene, además, un registro de enfermedades de plantas, colecciones vivas de pastos y leguminosas, árboles frutales, variedades de caña y otras plantas de valor económico, de las cuales se ofrece distribución e intercambio de semillas.

El Departamento de Zootecnia está empeñado en trabajos de investigación acerca del mejoramiento del genado de carne y leche en las zonas tropicales y subtropicales.

El Departamento de Economía y Bienestar Rural tiene a su cargo un programa de desarrollo de la comunidad rural con el propósito de descubrir los métodos más eficientes para estimularlo por medio de la educación. Ha efectuado numerosos estudios socioeconómicos del área experimental de Turrialba; desarrollado métodos para convertir al maestro rural en un agente efectivo que impulse el progreso de las comunidades rurales, y elaborado una serie de proyectos par el desarrollo de habilidades en la vida rural. Estos proyectos han sido probados experimentalmente en centros establecidos en Costa Rica y Colombia, en cooperación con organismos nacionales.

El Servicio de Recursos Renovables actualmente concentra sus actividades en el terreno de la educación forestal. El Instituto es uno de los pocos organismos de América que ofrece estudios avanzados en dasonomía tropical. Los bosques de su propiedad se utilizan para el adiestramiento práctico de los estudiantes. Además, en las cercanías de Turrialba se encuentran otros bosques de zonas bajas y altas, así como también industrias forestales representativas de la región que se emplean en los estudios y prácticas sobre conservación y mejor aprovechamiento de riqueza forestal.

Desde su fundación, el Instituto ha venido cumpliendo una labor de trascendental importancia en el ramo de la enseñanza técnica que es fundamental para el mejoramiento de la agricultura y de la vida rural de las Américas. No sólo es un centro dedicado a la investigación agrícola, sino que el Instituto es también escuela para la formación superior de profesionales agrícolas.

La Escuela de Estudios Posgraduados ha sido durante muchos años el único centro superior en América Latina que ofrece estudios en las ciencias agrícolas a un nivel de proyectos para el desarrollo de habiliestudiante debe tener el título de ingeniero agrónomo o su equivalente. Después de un período mínimo de un año de residencia en Turrialba y satisfechos los demás requisitos académicos, el estudiante se halla preparado para recibir el grado de Magister Agriculturae.

La acción educativa del Instituto en América es, pues, intensa y creciente. En los últimos diez años ha proporcionado capacitación técnica a 3.075 personas provenientes de las 21 repúblicas americanas y de otras partes del mundo. Esa elevada cifra demuestra que el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas está cumpliendo los objetivos que le fijaron sus fundadores.

U. S. I. S.

(Exclusivo para EL DIA)



La instructora, Lucy Hastings de Gutiérrez, especialista en patología botánica, muestra a Heleodoro Miranda, estudiante ecuatoriano, variedades del arroz resistente a las enfermedades, cultivado en terreno experimental.

ECONOMIA Y PRODIGALIDAD EN EL LENGUAJE

HAY escritores opulentos: Ramón Pérez de Ayala es uno de ellos; los hay medidos y limitados: Azorín es caso típico de este género.

Fray Luis de Granada en su "Retórica eclesiástica" preconiza la afluencia de palabras. El estilo oratorio de su "Guía de pecadores" es modelo de superabundancia de vocablos. En cambio, Gracián es maestro del estilo cortado, duro, pero de gran expresividad.

El valor del estilo no depende, desde luego, de la riqueza del vocabulario. No es mejor estilista Quintana por el hecho de emplear más voces que Bécquer.

Para expresarnos con propiedad y elegancia, no es menester derrochar tesoros con el criterio de un nuevo rico. El capital lingüístico depende más de los matices de la palabra que de sus numéricos valores abstractos. Porque los vocablos no tienen solamente el sentido dogmático estereotipado que figura en los diccionarios: flota en torno de ellos una atmósfera subjetiva que les da, según la habilidad de quien los emplea, colores y sentimientos oportunos e insospechados. Basta que Góngora se refiera a la "purpúrea edad", para que un adjetivo que indica color pase a expresar la etapa juvenil de la vida.

En todas las épocas hubo literatos defensores tanto de la brevedad como pródiga difusión. Manida es la frase de Cervantes: "Sé breve en tus razonamientos, porque ninguno es bueno si es demasiado largo." Y Unamuno dice en sus "Ensayos": "Cuando un hombre se irrita de veras, o se entusiasma, no se expresa en frases bien ceñidas y claras, sino qué rompe en largas expresiones enfáticas y hojarescas." Pero, repetimos: en lingüística, cantidad no constituye riqueza; ésta es el resultado de la coherencia y la graficidad. Cuando se posee el genio de la lengua, el hablante, como buen ecónomo, cubre todos los gastos con menguados ingresos.



Voltaire fustigó a los escritores palabreros. Detestaba la hipertrofia del lenguaje.



George Bernard Shaw, espíritu zumbón, gustaba de la abundancia de palabras.

Hay una biológica ley de economía que gobierna el funcionamiento del lenguaje. Es la ley que hace que de "aurícula" digamos "oreja" y de "tangere" hayamos hecho "tocar".

La elipsis en el lenguaje puede ser producida por un simple ahorro de esfuerzo, o ya por reticencia intencionada, o bien por inhibición emotiva. Cuando llamamos a alguien, no decimos: "Juan, ven acá, porque te necesito". Proferimos lisa y llanamente el vocativo ¡Juan! En este caso somos ahorristas. Darío incurre en reticencia intencional en "La canción de los pinos" cuando expresa: "Románticos somos... ¿Quién que es no es romántico?" Y por último, hay inhibición emotiva en García Lorca cuando dice: "Un diminuto guante corrosivo me detiene. ¡Basta!

Voltaire en su "Diccionario filosófico" condena el abuso de las palabras, arguyendo que las conversaciones y los libros raras veces nos dan ideas precisas, y que es común escribir mucho de sobra y conversar inútilmente con derroche de elementos. George Bernard Shaw, en cambio, sea por temperamento, sea por humorismo, era partidario del abuso de vocablos. Al respecto, recordemos una peregrina anécdota del talentoso e infatigable dramaturgo. Legó 350.000 libras para ser repartidas entre el Museo Británico, la Galería Nacional de Irlanda y la Academia Nacional de Arte Dramático, con la condición de que esas instituciones se pusieran de acuerdo para dotar al idioma inglés de cuarenta letras en vez de las veintiséis que tiene su actual alfabeto. El Museo Británico impugnó el testamento, alegando que esa adición de letras constituye una extravagancia carente de sentido. Los tribunales están por fallar todavía entre las libras de menos y las letras de más.

En la vida elocutiva ocurren casos de condensaciones que obedecen a la ley de la brevedad y del menor esfuerzo. Así, el caso de *correveidile*, que designa al que lleva y trae chismes y cuentos; *sanalotodo*, que expresa el remedio que sirve para curar cualquier enfermedad; *siguemepollo*, que nombra a una cinta que como adorno llevan las mujeres pendientes a la espalda.

Es común que el lenguaje tienda a una prudente restricción, acomodada a las escasas posibilidades de la mente. Así, la agilidad simplificadora, echando por la borda el material innecesario, hace fácil y expresivo el funcionamiento de la lengua. En virtud de ello, abundan las elipsis en nuestro decir. Todo lector u oyente percibe en una palabra mucho más de lo que la palabra por sí sola significa. *¡Cuidado!* le gritamos a quien se encuentra en situación difícil, en vez de "Tenga Ud. cuidado, que corre peligro". Un profesor dice a sus alumnos *¡Salgan!*, en lugar de expresar "Quedan Uds. autorizados para dejar el salón".

Hay sustantivos que dichos en tono enfático tienen el valor de una oración: ¡Fuego!, ¡Animo! En cualquier bar saben lo que condensan palabras como "un completo", "un cubano", "un capuchino".

La apócope, figura que consiste en suprimir las letras finales del vocablo, es corriente recurso popular: *cine, moto, auto, foto, subte, prepo, micro.* Hasta en las locuciones encontramos refranes despegados de elementos gramaticales, superfluos para la comprensión: "En casa de herrero, cuchillo de palo", "Genio y figura hasta la sepultura". Estas locuciones carecen de artículos y verbos.

Usamos interjecciones, conjunciones y otras categorías a manera de comodines, porque no acertamos a construir la frase gramatical equivalente. Todos entendemos la significación de *¡ya!, ¡pues, hombre!, ¡a mí!, ¡toma!*, laconismos de intenso contenido, cuyo tipo oracional completo no podemos reconstruir.

Es consenso universal que el pensamiento es siempre superior al lenguaje. Por algo en todos los idiomas cultos existe la palabra "inefable". De aquí la preocupación por las limitaciones verbales, que son adecuadas a la extensión del mundo espiritual, pero que jamás la equiparan o sobrepasan.

Las palabras son pájaros que revolotean implacables en torno de nosotros sin que podamos meterlos todos en una jaula. Ese es el drama angustiante del escritor y el poeta.

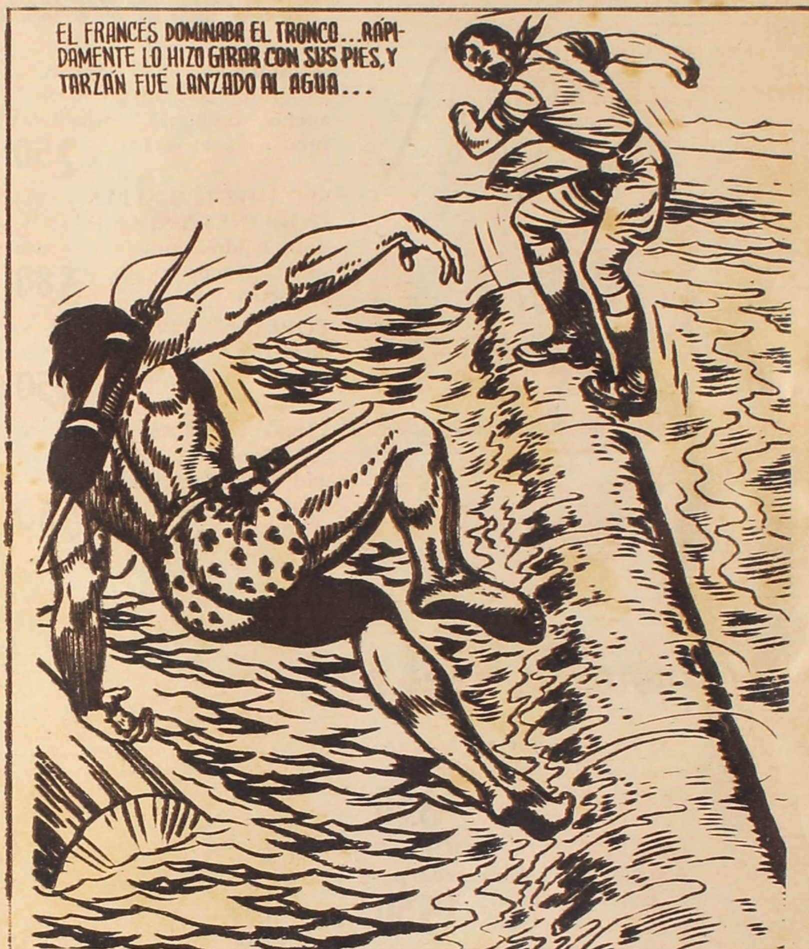
Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)


TARZAN Y PIERRE SE MIRARON CON DESAFIO MIENTRAS SE BALANCEABAN EN UN MISMO TRONCO.
Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS


PIERRE SONRIÓ COMO SI HUBIERA ENLOQUECIDO SUBITAMENTE...TENÍA QUE DESTRUIR ESA AMENAZA PARA SUS PLANES FUTUROS!


Y ALLÍ DIÓ UN PUNTAPIÉS EN LA CABEZA!


EL FRANCÉS DOMINABA EL TRONCO...RÁPIDAMENTE LO HIZO GIRAR CON SUS PIES, Y TARZÁN FUÉ LANZADO AL AGUA...


PERO MIENTRAS EL HOMBRE-MONO SE SUMERGÍA BAJO LA SUPERFICIE SE ASIÓ A UN TOBILLO DE PIERRE.


Y CON SU INMENSA CAPACIDAD RESPIRATORIA, MANTUVO BAJO EL AGUA A SU CONTENDOR HASTA DEJARLO INCONSCIENTE.


DICK VAN BUREN
JOHN CELARDO
"TUS PENURIAS TERMINARON" LE DIJO A SU AMIGO, GLENN PHELDS. "A ESTE CERDO SE LE DEBEN HABER IDO LAS GANAS DE MATAR!"

Ritmo de la moda en el día



para la mañana

ALGODON ESTAMPADO en gran variedad de diseños, ancho 0.90, al sensacional precio de, el metro **$ 2.50**

SEDA DE LOS ALPES Y ALGODONES ESTAMPADOS, dos tejidos prácticos para sport. Ancho 0.90, el metro **$ 3.80**

POPELINA ESTAMPADA, moderno tejido en vistosos coloridos. Ancho 0.90, el metro **$ 4.50**

LINO FANTASIA, en delicados colores, una exclusividad de nuestra Sección Tejidos. Ancho 0.90, el metro **$ 6.50**



para la tarde

HILO LISO INARRUGABLE, en la gama completa de colores. Ancho 1.00, el metro **$ 7.50**

SATIN DE ALGODON ESTAMPADO, en original diseño de gran vestir. Ancho 0.90, el metro **$ 11.50**

HILO IRLANDES, de regia calidad, en variedad de colores. Ancho 1.00, el metro **$ 12.50**

POPELINA BORDADA, delicado tejido de actualidad. Ancho 0.90, el metro **$ 13.50**

PIQUE BORDADO REVERSIBLE, la tela impuesta por la moda. Ancho 0.90, el metro **$ 19.80**

para la noche

FALLA AMERICANA LISA, suntuosa seda en todos los colores. Ancho 1.15, el metro **$ 8.50**

GROS DE SEDA "RODHIA" inarrugable, clásica seda para trajes de vestir. Ancho 0.90, el mt. **$ 15.50**

BROCATO DE SEDA, en tonos claros de moda. Ancho 1.30, el metro **$ 28.50**

GASA DE SEDA NATURAL FRANCESA, una creación de la alta costura. Ancho 1.20, el metro **$ 29.50**

SEDAS NATURALES ESTAMPADAS, FOULARD, SOURAH Y SHANTUNG, en diseños exclusivos. Ancho 0.95, $ 39.50, $ 28.50 y **$ 21.50**



RADZIMIR FRANCES, recién recibido, la seda de actualidad en los tonos blanco y negro. En 1.25 de ancho $ 45.00, en 0.90 de ancho, el metro **$ 35.00**

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra Casa Matriz, Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

PROGRAMACION EN LAS 3 AVENIDAS Y CASA SOLER:
JUAN D'ARIENZO, estelar presentación en 16 audiciones durante el mes de Enero, por C X 16 Radio Carve y Saeta T.V. Todos los Lunes, Miércoles y Viernes a las 21.30 hs. por C X 16 Radio Carve. Y todos los jueves a las 21.30 hs. por Saeta T.V.

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

CASA MATRIZ Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES - Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Av. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

CAPURRO & Co.